

Testimonios de mujeres migrantes

Migré a la
frontera



Coordinación académica
Flor María Vargas Frescas

Coordinación técnica
Ma. Carmen Atlaco Macedo

Revisión técnica
Sara Elena Mendoza Ortega

Entrevistadores
Adriana Rascón Domínguez
Ángel Fernando Gómez Martínez
Ana Cecilia Ramos Vega
Abril Olmos Loya

Transcripción
Sofía Minerva Perea Ochoa
Liliana Torres Ganem
María Guadalupe Hernández Torres

Selección y adaptación
Flor María Vargas Frescas
Ana Cecilia Ramos Vega

Corrección de estilo
María Cruz León Pineda

Revisor
Jorge Carrera Robles

Coordinación gráfica
y cuidado de la edición
Greta Sánchez Muñoz
Adriana Barraza Hernández

Revisión editorial
Marcela Zubieta

Diseño y Formación
María Aurora Arellano Saucedo

Ilustración
Cristina Niizawa Ishihara
Bruno López

Ilustración de Portada
Enrique Torralba

Diseño de Portada
Ricardo Figueroa Cisneros

Agradecemos la colaboración de:

Esther Chávez Cano, Gabriel Borunda Olivas, Juan Ledezma Arroyo, Gabriel Vargas García, Jesús Vargas Valdez y Jorge Carrera Robles.

Organizaciones de la sociedad civil, empresas de la iniciativa privada e instituciones de gobierno y educativas: Universidad Pedagógica Nacional unidades Chihuahua y Ciudad Juárez; Colegio de la Frontera Norte; Unidad de Estudios Históricos Chihuahua e Instituto de Ciencias Sociales y Administración de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez; Instituto Tecnológico de Ciudad Juárez; Escuela Nacional de Antropología e Historia campus Chihuahua; Unidad Regional de Culturas Populares de CONACULTA, en Chihuahua; Delegación Chihuahua y Subdelegación Ciudad Juárez del Instituto Mexicano del Seguro Social; Delegación Chihuahua de la Secretaría de Desarrollo Social; Paso del Norte Fundación de Salud de El Paso, Texas; Red de Mujeres Kolping, A.C.; Procuraduría de Defensa del Menor del DIF Municipal de Ciudad Juárez; Pastoral Social de la Parroquia del Sagrado Corazón de El Paso, Texas; Ysleta Community Learning Center de El Paso, Texas; El Paso Community College de El Paso, Texas; Oratorio San Bosco de Ciudad Juárez; Secretaría Fomento Social del Gobierno del Estado de Chihuahua; Servicios Estatales de Salud en Chihuahua; Centro de Investigación y Docencia de los Servicios Educativos del Estado de Chihuahua; Dirección de Investigación y Departamento de Instituciones Formadoras de Docentes de la Secretaría de Educación y Cultura de Chihuahua; Sección 8 del SNTE; Sección 42 del SNTE; Comisión de Equidad y Género del Congreso del Estado de Chihuahua; Comisión Estatal de Derechos Humanos de Chihuahua; Regidoras de los Ayuntamientos del Municipio de Chihuahua y de Ciudad Juárez; Asociación de Abogadas Chihuahuenses; Centro de Atención a la Mujer Trabajadora A.C.; Grupo Feminista 8 de marzo; Mujeres por México, A.C.; Círculo de Estudios de Género; Centro de Crisis Casa Amiga, A.C.; CASA Promoción Juvenil, A.C.; Fundación del Empresariado Chihuahuense; Escuela para Padres de la Fundación del Empresariado Chihuahuense; Organización Panamericana de la Salud; Patronato Pro Educación para Jóvenes y Adultos del Estado de Chihuahua; asentamiento indígena rarámuri Sierra Azul; TDK de México; Sindicato de Trabajadores de TDK de México; Thomson Televisión de México; Honeywell de México; OMEX; STRATTEC de México; Cooper Bussmann; Industrias Kessler; Alambrados y Circuitos Eléctricos.

Un agradecimiento especial al personal de la Delegación Municipal del Instituto Chihuahuense de Educación para los Adultos en Ciudad Juárez.

Migré a la frontera: Testimonios de mujeres migrantes. Libro de lecturas. D.R. © Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, INEA. Francisco Márquez 160, Col. Condesa, México D. F., C.P. 06140. Primera edición 2005.

Esta obra es propiedad intelectual de sus autoras y autores y los derechos de publicación han sido legalmente transferidos al INEA. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización escrita de su legítimo titular de derechos.

ISBN Obra completa, *Modelo Educación para la Vida y el Trabajo*: 970-23-0274-9

ISBN *Migré a la frontera: Testimonios de mujeres migrantes.* Libro de lecturas: 970-23-0603-5

Impreso en México.

Índice

Presentación	3
---------------------	----------

Dos veces intenté cruzar	4
---------------------------------	----------

Esperanza

La mujer que trabaja quiere mandarse sola	4
A los polleros les vale	5
La migra a mí me agarró...	7
La vida en Ciudad Juárez	8
Allá en Chiapas	10
Violencia en la familia	11

Hay aves que cruzan el pantano sin mancharse	14
---	-----------

Lucy

Los motivos de Lucy	14
Ejercer el oficio con dignidad	15
Nunca me hacen preguntas	17
Las dificultades en la vida de Lucy	18

Me dejé envolver por él	19
--------------------------------	-----------

Claudia

El trabajo está escaso en el pueblo	19
Madre y niña	20
Una vida llena de violencia	21
Intentó dejarlo muchas veces	22
La familia se reorganiza	22

Sola, siempre sola	24
---------------------------	-----------

Soledad

Del otro extremo de México	24
Con la ayuda de Dios	25
Un largo viaje	25
Otra manera de pensar	27

No teníamos nada para vivir29
Pedro y Dolores

A la búsqueda de una mejor forma de vida	29
Trabajo y organización familiar	31
Redes de traslado, contratación y hospedaje	32
Salud y servicios médicos	33
Una historia de maltrato infantil	35
El trato a los hijos	36

Si me quieres seguir...38
Martha

Matrimonio adolescente y violencia.	38
Cambiar de vida	41
No le gustó la maquila	41
Una hija con problemas	42

Toda mi vida he trabajado44
Socorro

De campo en campo	44
Rumbo a la frontera	46
El trabajo	46

Con tal de salvar a mi familia49
Fernanda

De Guadalajara a Tijuana, de Tijuana a Chihuahua	49
A trabajar jóvenes	50
Matrimonio y migración	51
Las ganancias	52
Casa, quehaceres domésticos y rutina de traslados	53
Sexualidad	53

Presentación

Este libro contiene ocho historias de vida narradas por sus protagonistas.

Son relatos sorprendentes, testimonios de personas que un día tomaron la decisión de migrar y dejar atrás todo lo que tenían, partieron sólo con el deseo de cambiar y establecerse en otra parte.

Conocer estas historias te ayudará a saber cómo vivían en sus lugares de origen; cuáles fueron sus motivos para emigrar; qué aventuras, qué peligros o qué manos amigas encontraron en sus viajes. También te enterarás de qué manera reorganizaron sus vidas.

Es probable también que, a través de su lectura, te veas reflejada o reflejado en estas experiencias. Es así porque las historias de Esperanza, Lucy, Claudia, Soledad, Martha, Pedro y Lola, Socorro y Fernanda, son muy semejantes a las de miles de migrantes.

Este libro será para ti un importante auxiliar en el estudio del módulo *Migré a la frontera*.

Dos veces intenté cruzar

Esperanza

Antes de llegar a Ciudad Juárez, Esperanza tuvo una vida en extremo dramática; por un lado, es una persona de gran voluntad para salir adelante y luchar por su familia y su comunidad, por otro, vivió un matrimonio en el que la violencia fue constante.

La necesidad de tener un mejor medio de subsistencia y la ilusión de encontrar otra forma de vida fueron los motivos por los que intentó pasar de “mojada” a los Estados Unidos. Dos veces lo intentó, dos veces la regresaron. Finalmente encontró trabajo y creó lazos amistosos en la ciudad fronteriza.

La mujer que trabaja quiere mandarse sola

Yo nací un 24 de octubre de 1965, en Tapachula, tengo 35 años. No estoy casada, viví en unión libre, ahorita soy soltera. Tengo dos hijos varones, uno de 13 años y otro de 14. Estudié nomás hasta cuarto año de primaria.

Salí de allá el 25 de febrero del año pasado, porque mi esposo, bueno, mi pareja, se enojó cuando conseguí trabajo. Me decía:

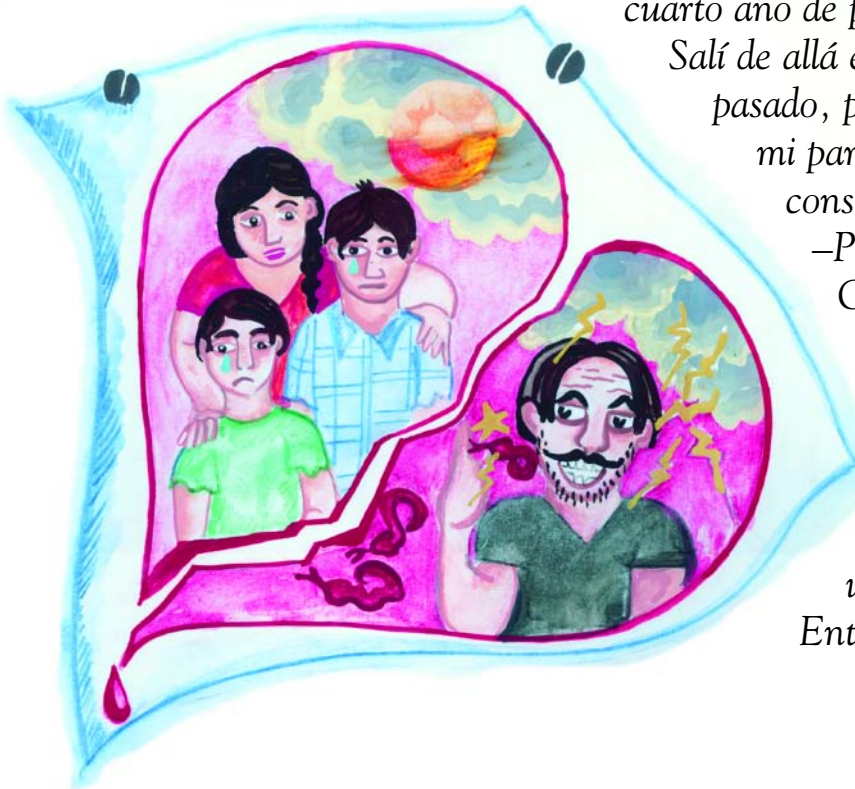
—Pues ya ganas tu dinero.

Como queriendo decir que yo ya no lo necesitaba.

—Pues no, le decía yo, así nos ayudamos mutuamente.

Yo seguí trabajando en un hotel, de camarera.

Entré ahí para ganar 800



pesos al mes; cuando yo venía a cobrar ese dinero, ya lo debía todo en la tienda porque él se desobligó, ya no me quiso dar el gasto.

Se desavoluntó, empezó a andar con otra muchacha, según él porque “la mujer que ya trabaja, quiere mandarse sola, ya le levanta la voz a uno”. De la noche a la mañana decidió irse de la casa y se marchó.

Fue cuando les dije a mis hijos:

—Ni modo, ahora si tenemos que apretarnos un poco la tripa, cuando haya vamos a comer y cuando no, no.

Ya mis hijos no querían estudiar:

—Mami, ya no vas a alcanzar para darnos escuela a nosotros.

—Cómo no papito, yo sé que sí.

Mi suegra me quiere mucho, ella ha sido como una madre para mí, ella me impulsó a que decidiera salirme de allí. En mi casa yo vivía lo más económico que se podía, teníamos que sacar agua de pozo, drenaje no hay.

—Tal vez estando tú allá meten drenaje en la colonia y trabajando tú allá tienes cómo mandar el dinero para meter las tuberías, anda ve, me decía ella.

—¿Cómo, ¿irme de veras? le contestaba. Yo lo que quiero es que mis hijos estudien, hacer más grande mi casa, que mis hijos tengan cada quien su cuarto, porque ellos son varones, el día de mañana se casan mis hijos y tengo que dejarles donde vivir siquiera.

—Sí m’ija, ándate para allá, la única manera en la que te puedo apoyar es cuidando a tus hijos.

A los polleros les vale

Aquí voy a tener un año, aunque mi idea original no era venir a Juárez, era irme al otro lado. De Chiapas me fui a México y de ahí a Agua Prieta, me fui hasta el otro lado, pero nomás llegué a Phoenix porque nos agarró la migración.

Al pollero yo no lo contraté, lo contrató mi hermana por medio de una amiga. Ella me dijo por teléfono:

—En tal hotel está un pollero; él es muy buena gente, él no deja tiradas a las personas.

—Pero ¿cómo le voy a pagar?

—Tú le vas a pagar hasta que te lleve ahí, con tu hermana a la casa, mientras no hay ni un centavo.

—¿Y la comida?

—También corre por su cuenta.

—¿Y el hotel?

—Creo que ése si lo tienes que pagar tú, mira te vas y agarras el camión en México para Agua Prieta, preguntas donde está ese hotel, llegas ahí y preguntas por él, le dicen “el Tigre” —

Y sí, cuando llegué a la terminal de Agua Prieta, ahí le pregunte a la gente que estaba ahí afuera y llegué hasta el hotel.

—¡Oiga! ¿Quién es “el Tigre”?

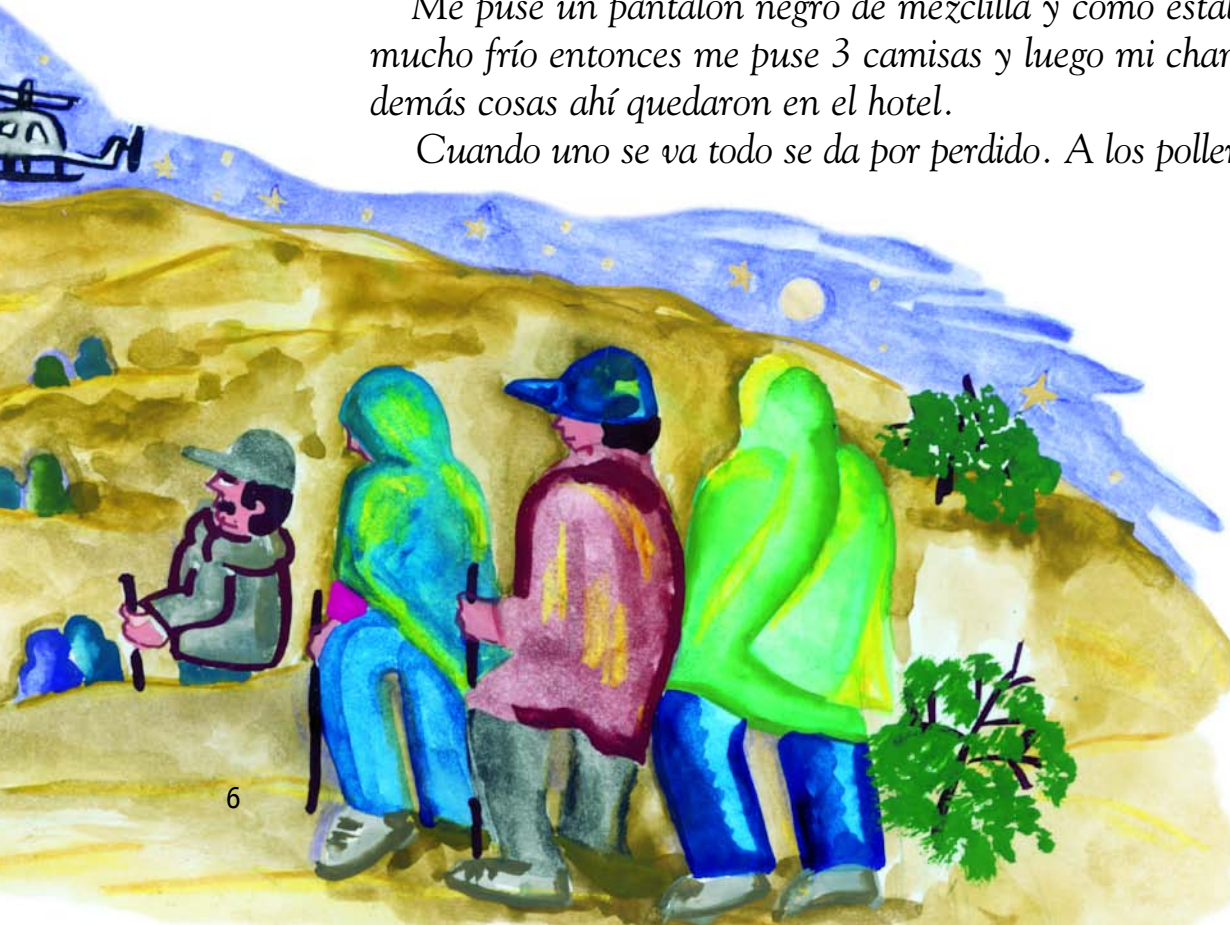
—Ahorita viene.

Y si, al rato llegó:

—¿Usted es la que viene de Chiapas? ¡Ah, bueno! Vaya a descansar un rato, vamos a salir a las 7 de la noche. De preferencia póngase dos pantalones, uno de mezclilla de esos gruesos.

Me puse un pantalón negro de mezclilla y como estaba haciendo mucho frío entonces me puse 3 camisas y luego mi chamarra, las demás cosas ahí quedaron en el hotel.

Cuando uno se va todo se da por perdido. A los polleros “les vale”.



La migra a mí me agarró...

Caminé 14 horas, yo sentía que me iba a morir aguantando sed, aguantando frío, el hambre ya ni se diga. Yo llevaba mis pies bien hinchados, una señora llevaba a su niña de 9 años que ya no aguantaba. Éramos 17 personas, iban más hombres que mujeres pero los hombres ya no podían cargar la niña porque también ya iban ellos muy cansados y la niña ya no aguantaba.

Nosotras le decíamos:

—Señora, pero por qué se arriesgó a traer a la niña, si usted ya no aguanta, imagínese su criatura.

—Pero es que tengo que llegar.

Ésa fue la primera vez que nos agarró la migración. Nos vieron y nos subieron a la troca, pero no veníamos nomás nosotros, saber a dónde habían agarrado más, la troca venía llena y nos regresaron, volvimos a dar otra vez a Agua Prieta.

Nos dijo el pollero que descansáramos 4 días. Nos venimos a Altar Sonora y de ahí agarramos otra vez camino.

No habíamos caminado más de cuatro horas en el desierto cuando nos asaltaron unos cholos. Yo llevaba 50 dólares y me los quitaron.

Nos amenazaron con pistola y uno que iba con nosotros se negó a dar los 100 dólares que llevaba, lo mataron ahí delante de todos nosotros, yo me asusté muy feo y sentía que me iba a desmayar. La esposa del señor quedó ahí con su esposo tirado y los demás seguimos caminando. Yo les decía:

—Esperemos a la señora, llevémosla.

—Ahí que se quede, dijo el pollero, el que se quiera quedar que se quede y el que me quiera seguir que me siga, y si se quieren regresar pues regrésense.

¡Pero para saber por dónde es, con tantas huellas que hay, pues no se puede, no se ve!

Ya habíamos caminado algo cuando vimos que el helicóptero apareció por donde habían matado al señor; como estábamos en un cerro al rato vimos que iban subiendo el cadáver. ¡Pero qué necesidad!

Caminamos 2 días por todo el desierto, no llegamos ni a Phoenix porque ahí nos agarró la migración. Nos descubrió “la mosca” o sea, el helicóptero. Cuando oímos que venía el helicóptero todos se tiraron. Yo no me despegaba del pollero porque pensaba: “me pica una culebra y le tiene que picar a él y aquí quedamos los dos”.

Todos los que más o menos ya conocían porque habían hecho el intento otras veces, nomás se dejaban desbarrancar en los barrancos que había y ahí se quedaban quietecitos hasta que terminaba de pasar la luz esa y a seguirle antes que volviera a regresar...

Yo di gracias a Dios cuando nos encontró la migra, porque ya eran dos días y una noche de caminar y caminar. Me daban unas grandes calenturas por tanto porrazo; el camino tiene muchas subidas y muchas bajadas, y en las bajadas pues se le van los dos pies a uno.

Nos regresaron a Altar Sonora. Ahí tomé la decisión de ya no irme, me quería regresar pero me quedé sin dinero.

De ahí le hablé a mi suegra y dice:

—Pero m’ ija, ¿por qué no te vas a donde una de tus cuñadas?, a Ciudad Juárez.

—No tengo dinero.

—Yo de acá le voy a hablar para que te manden dinero por Elektra.

—Pues si usted me hace el favor, porque yo ya no tengo dinero ni para pagar el hotel, ahorita ya tengo dos días de estar trabajando aquí en el hotel.

Ahí, donde estaba yo hospedada, trabajé dos días de recamarera.

La vida en Ciudad Juárez

Cuando me vine de Nogales para acá llegué en la madrugada. Mi cuñada me recogió en la Central de Autobuses y me llevó a su casa, ahí viví un mes.

Acá conocí a unas amigas de la maquila donde trabajo, yo le contaba a una que es de Veracruz:

—Fíjate Chelo, que ya no quiero estar con mi cuñada, ella es muy

fina y yo soy muy rústica, y como que no me hallo, en cambio contigo me he llevado muy bien desde que te conocí.

—Si quieres vente a vivir conmigo.

—Pero no tengo ni cama.

—¿Y tú crees que nosotras tenemos cama? No, nosotras dormimos en un colchón que nos regalaron, vente y ahí nos hacemos bolas, además somos puras mujeres, mis dos hijas, mi hermana y yo.

Luego luego agarré ambiente con ellas. Entrábamos a trabajar cada quien en su turno y hacíamos mucho tiempo extra. Yo juntaba mi dinerito, cuando se acababa el gas lo compraba yo, el agua también y ya con eso se conformaba la muchacha.

—Esto no es de cada ocho días ni de cada quince días, un día vas a comprar tú el agua y otro día que se termine la voy a comprar yo, y así nos vamos a ir turnando y con el gas igual, decía ella.

—Pero me tienes que decir cuánto pagas de renta.

—No te preocupes.

Todas trabajaban, y sí, me sentía más a gusto con ellas porque había veces que si no me tocaba trabajar, hacía yo comida para todas y ellas pues también se sentían bien. Una de ellas ya se casó.

Ahorita hay una conmigo, entre las dos pagamos un cuarto, y las otras pues siguen juntas en esa casa.

Antes yo trabajaba en el turno “c”, que es el de la noche, pedí mi cambio a este turno, al “b”, porque me estaba haciendo mal el desvelo.

Mi compañera trabaja toda la noche y duerme todo el día, yo trabajo todo el día y duermo toda la noche, y como compartimos la cama, porque yo si compré mi cama, una litera.

—Mira, si nos vamos a separar de las otras, le dije, compro la litera y tú duermes arriba y yo duermo abajo.

—Entonces voy a comprar mi cobija.

—Sí cómprala, le dije.

Yo compré mi litera, mi cuñada me regaló unas cobijas y otras



dos las compré, así es que ella duerme arriba y yo abajo, porque ella no tiene cama y allá cuando vivíamos juntas pues todas dormíamos en una sola cama.

No tenemos estufa, en casa comemos puro Corn Flakes con leche en platos desechables porque ni a trastes llegamos. Por ejemplo: trabajamos de jueves a domingo, así que lunes y martes hacemos tiempo extra y el miércoles descansamos, porque el jueves entramos otra vez a nuestro turno. Todo ese día se nos va en puro dormir, estamos ahí, andamos en la casa, sacamos el Corn Flakes y nos volvemos a acostar a dormir; nos levantamos a lavar la ropa y nos acostamos; cuando de veras queremos comer pues salimos al centro, nos sirve de distracción y allá comemos cualquier cosa.

Allá en Chiapas

Vivíamos a la orilla de un río, una vez las lluvias desbordaron el río y se llevó las casas, entonces el Presidente Municipal nos reubicó en unos terrenos que están en la montaña y ahí empezamos a abrir calles. Metimos oficio al palacio para que nos dieran balastre, arena con piedra y todo eso, no sé acá como le llaman, también solicitamos que nos dieran una aplanadora para que fuera preparando el terreno.

Estuvimos pide y pide al Presidente y al dueño un terreno para fundar una escuela, a mí me nombraron presidenta del Comité de Padres de Familia, porque a mí siempre me ha gustado hablar y defender mis derechos. Casi cuatro años fui presidenta.

Mientras, empezaba yo a meter oficios, a decirle al Presidente que nos diera cemento, arena y todo lo que se necesita, los soldados nos ayudaron a hacer cimientos para las aulas desde primero hasta sexto de primaria.

Luego entre todos hicimos un pozo. Compramos 30 kilos de lazo y con cubetas y garruchas sacábamos el agua, porque ni a luz llegábamos.

Así es como se iba formando la colonia, sí nos costó... y sufrimos, sufrimos allí, más que todo nosotras de mujeres, porque los hombres, pues, se iban a trabajar y ya regresaban borrachos y al otro día también, sólo las mujeres luchábamos ahí.

Nos costó mucho pero logramos meter pavimentación, ahora me estaba comentando mi hijo que están metiendo postes para teléfonos.

Violencia en la familia

Antes, me maltrataba mi esposo, y yo, pues lo defendía. En una ocasión los niños vieron que me estaba golpeando. Él les estaba hablando y no se movían ninguno de los dos. Les decía que miraran cómo me iba a matar y ni lloraban, ni nada, ahí estaban que parecían clavados en el piso, y dijo:

—¡Qué no les estoy hablando hijos de la tiznada!

Agarró el machete, no así de filo sino que así de lado y les dio un golpe a cada uno, los hizo que se retorcieran de dolor. Ahí fue donde gritaron, los dejó bien pintos, todos morados.

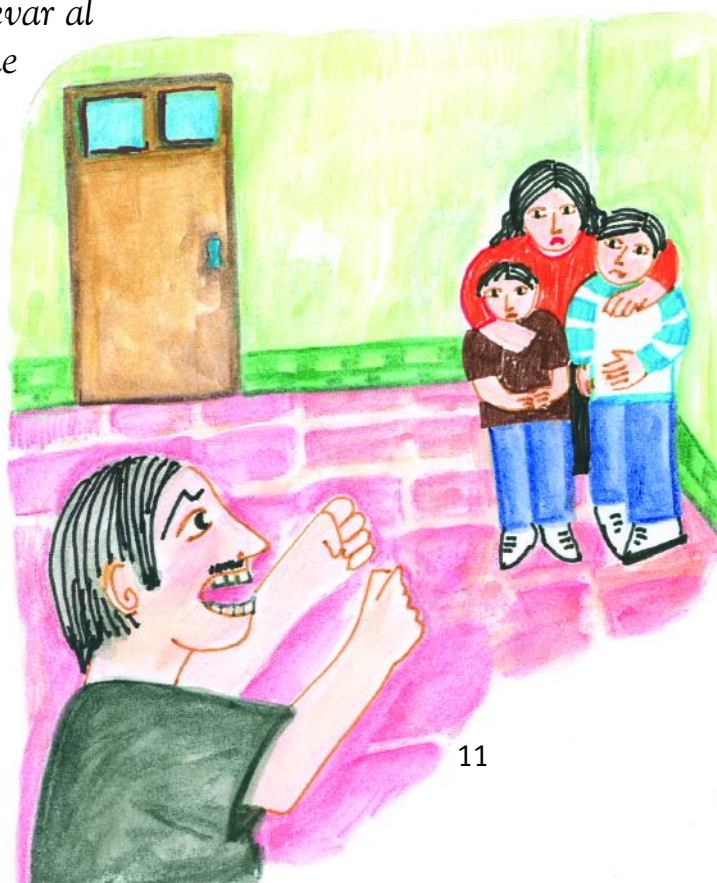
—¡Maldito cómo les vas a pegar a mis hijos así, desgraciado perro!, le grité y agarré un picahielo. ¡Ahora si me vas a matar, pero primero te mato yo!

Se me acercó mucho, agarré bien duro el picahielo y que le doy en el estómago y ahí se dobló, mis hijos estaban en el suelo retorciéndose del ardor del machete.

Él era así, otro día los cortó, los tuve que llevar al Seguro, llegó el Ministerio Público y él tuvo que huir. Llegó el DIF, pero también mis hijos defendían mucho al papá.

Hubiera visto después como se puso, aventó a uno de mis hijos al pozo y yo pensé que sí lo había matado, de veras, yo me volví loca, me traumé tanto que estuve seis meses con esos doctores que miran a los locos, con un psicólogo.

Veinticinco metros tenía de profundidad el pozo y quería aventarme a mí también. Se tuvo que meter un muchacho con un lazo para sacarlo. Yo le gritaba a mi hijo y él sí me contestaba. Cuando lo vi, todo esto de acá le colgaba, todo este cuero que tenemos aquí,



porque cuando iba cayendo se le iba chorreando la cabeza por toda la pared, luego la quijada se le torció así para atrás. Al caer en el fondo se le quebraron dos costillas.

Lo llevamos al Seguro y hasta allá llegó el Ministerio Público y le preguntaron:

—¿Quién te tiró?

—Nadie, yo me caí solo, fue por estar sacando el agua.

Quién sabe por qué, pero él no dijo que fue su papá. Será porque él quiere mucho a su papá.

Después mis hijos todo el tiempo parecía que estaban volviendo a vivir aquello, por eso cuando la doctora vio que ya estábamos más o menos bien, nos dijo que por qué nunca habíamos tenido el valor de denunciarlo, que no era ninguna obligación estarle aguantando. Me dijo que yo debí ponerme a pensar en todo el mal que le estaba causando a mis hijos al estar aguantándole a él, que si yo no tenía el valor de irme lejos.

Conocí una amiga que me ayudó a salir de ese problema, ella me hacía recapacitar.

Y sí, cuando su papá se fue mi hijo decía:

—Mami, yo quisiera dinero para comprar cuetes porque ya se fue ese hombre, ya somos libres, ahora sí vamos a dormir tranquilos, ahora sí vamos a comer tranquilos, tú crees que nosotros nos dormimos en las noches, pero ahí estamos mirando para arriba, cualquier ruidito estamos al pendiente para salir corriendo, ya mejor vámonos definitivamente con los abuelitos, o vámonos para el otro lado.

Una vez le pegó a mi suegra porque me defendió, la aventó y la agarró a patadas, parecía que era su mujer, la dejó bien golpeada y a mí también. En otra ocasión se peleó con mi vecino, según él porque yo tenía algo que ver con ese hombre y dijo que yo no lo defendí, entonces la agarró contra mí.

Me pegó bien feo, me dejó bien golpeada la cara y no me soltaba del cabello, desde esa fecha yo juré no dejarme crecer el cabello, me soltó porque uno de mis niños agarró un fierro y le dio un fierrazo en la cabeza y lo privó, por eso fue que me soltó; quién sabe de dónde le salieron fuerzas al niño, para ese entonces mi hijo ya tenía ocho años. Yo todo el tiempo andaba toda moreteada.

Le aguanté 18 años porque lo quería, pero claro que él no tenía derecho de hacer lo que hacía.

Ahora me siento más tranquila porque yo considero que no necesito del papá de mis hijos, gracias a Dios me ha ido muy bien acá y espero que me vaya otro poquito mejor en este año. Las ideas que tengo, a mí nadie me las quita de la mente, y yo lo que quiero más que todo, es progresar y que mis hijos estudien, porque estando allá yo no les puedo dar los estudios que mis hijos quieren.



Su narración da fe de una vivencia que es experimentada de forma parecida por muchos mexicanos que, en cantidades que suman miles diariamente, se ponen en manos de los tratantes de ilegales, arriesgan todo para lograr llegar a Estados Unidos.

Con la misma convicción con la que luchó a brazo partido al lado de sus vecinos para construir una colonia y levantar escuelas en su Chiapas natal, así es como constantemente se enfrenta en su situación actual a nuevos retos, tanto en el terreno laboral como en el de las relaciones interpersonales, en la convivencia con otros en las mismas circunstancias migratorias.

Esperanza muestra cómo en momentos así, emerge la solidaridad, la cooperación, el compañerismo y la organización para apoyarse mutuamente, para conseguir empleo, compartir la vivienda, economizar los recursos y, aún, para darse respaldo afectivo cuando la familia está ausente.

Hay aves que cruzan el pantano sin mancharse

Lucy

La “profesión más antigua del mundo”, que en palabras llanas se designa como prostitución, es una de las actividades laborales más incomprensibles. Quienes se dedican a este oficio tendrán para nosotros el nombre de “sexoservidora” o “sexoservidor”, términos menos agresivos y más cercanos a lo que es el trabajo de estas personas.

Lucy es una sexoservidora que pasa los 50 años de edad. Viuda desde hace más de 15 años, tiene estudios únicamente de primaria; con mucho esfuerzo ha logrado mantener a sus tres hijos; jóvenes que radican en Sinaloa, lugar de origen de Lucy.

Los motivos de Lucy

Tengo quince años viniendo aquí. Yo me vine por cuestión económica, porque tengo un hijo que tuvo problemas de cáncer en el pulmón y me lo operaron en Estados Unidos; a mí la operación me costó muy cara.

Yo allá no trabajaba, soy viuda, nunca trabajé, me casé joven y ya, últimamente, pues como que a fuerzas me tuve que venir. No creas que muy de mi agrado, porque es muy difícil esta vida.

Me decidí a venirme cuando yo vi a mi hijo muy grave; fue mi decisión venirme a una parte donde mi familia no me viera.

Voy seguido a Culiacán. Hace poco me fui a curar de un problema en los riñones y duré allá ocho meses que nomás pasé hambres, porque no estaba ganando dinero.

Ejercer el oficio con dignidad

El trabajo, ¿cómo te dijera?, si me hubiera venido a una maquiladora no me alcanza, si me hubiera venido a una casa tampoco. En esto se gana dinero, pero se corren riesgos.

Al venirme a trabajar de esto aprendí que me debo cuidar de las enfermedades, usar un condón que en aquel tiempo de mi juventud ni los conocíamos.

Al principio batallé mucho para que usaran el condón, pero yo les hacía ver, yo les explicaba, se me pasaba el tiempo aquí en el cuarto por estarles explicando, diciéndoles. Qué tenía que perdiera yo treinta, cuarenta pesos, pero les explicaba. Muchos llegaron a agarrar la onda, otros se fueron y ya no volvieron. Yo me quedo nada más con los que quisieron. Es lo que he aprendido, y golpes que da la vida.

Yo he sabido ir la librando poco a poco; como me dice la doctora:

—¡Ay! Lucy, qué bonito cuello de la matriz tienes.

—Pues sí, porque me cuido doctora, le digo.

Yo nunca he tenido ningún problema. Tenemos una doctora de sanidad pagada por el gobierno. Nos atiende muy bien, cada semana nos cobran veinticinco pesos. Aparte son los estudios de cada seis meses que nos salen como en unos trescientos y feria, que son para el SIDA, la sífilis y luego un explorado vaginal, un cultivo vaginal y el del cáncer.

Mira, yo nunca he probado ningún tipo de drogas. No tomo, ni fumo, menos otro tipo de droga, no me gusta desvelarme. Yo de aquí me voy a mi casa, a dormir, a descansar, soy una mujer muy sana gracias a Dios.

Nunca he tenido problemas de violencia aquí, será que yo he sabido tratar a la gente. Si les veo cualquier tatuaje... no; o meterme con personas viciosas tampoco, todo eso evito. Al menos a mí me ha ayudado mucho.



Y, pues como te digo, yo gano mi dinero, yo lo administro. Las jovencitas, a esas muchachitas que ves ahí, ellos las obligan a darles determinada cantidad. Yo, lo que gano, es para mí, para mis hijos, para pagar lo que debo. Veo problemas con esa juventud, y digo: “yo no voy a tener el mismo error”.

Me vengo temprano a trabajar. A las nueve de la mañana, por decir, estoy aquí y me voy temprano, a las seis o siete de la tarde más o menos me voy. Nomás de día, en la noche no. Aparte de que hace mucho frío, ya cuando está la gente tomada y todo eso mejor no.

Yo nada más lo normal, a veces que te piden pues así que empinadita, que con un... así diferentes formas. A esos no les pongo problema porque digo yo: “No, pues prefiero hacerles eso y no que me vayan a pedir otra cosa”.

Son mis amigos, amigos, yo nunca les he dicho clientes, les digo: mis amigos. Yo sí, tengo muchos amigos, gracias a Dios, que me ayudan. Muchas veces me dicen: “ándale Lucy, ten y mañana vengo” y hay veces que no vienen; o hay veces que vienen y nos ponemos a platicar y ya se van contentos.



No todo el tiempo tengo relaciones, yo he sabido sobrellevarlos a todos.

Ayer me dijo un muchacho “ten”, me dice, y me enseña cien pesos.

—¿Con cuánto me quedo?

—No, pos agárralo todo, ya sabes que a veces pago los cincuenta y el cuarto y nunca me dices nada, agarra los cien.

—Ah, bueno.

¡Ah!, si yo les digo que yo soy de esas aves que cruzan el pantano y no se manchan. Yo soy una de esas porque yo estoy cruzando por el pantano y no me he manchado.

Nunca me hacen preguntas

A mis hijos yo les digo que llevo la contaduría de un hotel, que trabajo haciendo el aseo para ganar un cinco más. Pero mira, a lo mejor se imaginan, ¿verdad?, se han de preguntar: ¿Cómo está pagando esa cuenta tan pesada? Pero nunca me hacen preguntas.

Sí, extraño a mis hijos, el cariño de ellos; me imagino deben de estar sintiéndose solos. Ellos me hablan por teléfono —por eso yo pago el teléfono— o cuando me entra la nostalgia en eso yo les marco.

Me los traje, ocho días estuvieron conmigo, esos días no vine para acá al hotel porque me anduve paseando con ellos.

Un amigo que trabaja en el área de personal de una maquiladora, él me hizo el favor. Me decía:

—Bueno Lucy te voy a dar un día de permiso para que te pasees con tus hijos y mañana vengo a pasearme con ellos.

Se venía conmigo y nos íbamos con él a pasearnos, él me ayudó mucho en ese aspecto. Hicimos como que trabajaba con él.

Mira, por ejemplo, ahorita le mandé a mi hijo setecientos pesos, cuatrocientos pesos de la consulta y trescientos pesos del medicamento; el lunes mandé cien dólares para allá, que fueron mil pesos, pasadito de mil pesos; aquí pagué la renta, pago 180 cada semana; aparte tengo la luz, el recibo de teléfono, que no lo he pagado.

Para la comida de mis hijos les estoy mandando quinientos pesos por semana, pero en una semana no les mando porque cobran ellos los mil pesos de la pensión.

Las dificultades en la vida de Lucy

El cuarto de hotel cuesta treinta pesos y el condón cuarenta. Ya depende de lo que quieras hacer, yo cobro setenta, ochenta, aparte.

La mayoría son mis amigos. Mira: el 25 de diciembre me fue bastante bien porque “ten tu aguinaldo”, que cincuenta, que veinte, que treinta. Junté cerca de seiscientos pesos. Fue uno de esos días en que hay más movimiento.

¿Un día tranquilo? Yo te gano como trescientos, con como unos seis amigos. Desde las nueve hasta que me voy. Pero hay veces que hay más, por ejemplo los viernes, y se saca un poquito más: quinientos, seiscientos; que es rara la vez, pero si los llega a ver uno.

Otras veces no, como ahorita que me fui al Registro pagué veinticinco pesos, fui y comí y no tengo más que sesenta pesos en la bolsa. No ha habido nada.

Sí, así están las cosas en esta vida, dicen que hay un libro que se llama: La vida difícil de una mujer fácil, y sí, es muy difícil.



La historia de Lucy es la de una mujer que debió enfrentarse en condiciones muy adversas a una viudez temprana, sin preparación escolar, sin respaldo económico y con un hijo enfermo, tomó la decisión de alejarse de su familia, emigrar hacia otro estado y dedicarse a ofrecer servicios sexuales.

Ejerce su oficio de manera digna, se ha preocupado por mantener condiciones de trabajo lo más favorables posible.

Es organizada y cuidadosa con sus gastos e ingresos, pues de ello depende la subsistencia de su familia. En su historia de vida destaca el amor por sus hijos y la responsabilidad que siente por su bienestar.

Me dejé envolver por él

Claudia

Claudia es la primogénita de una familia de seis hermanos. Un día su padre se marchó a Estados Unidos de “mojado”. Pasado un tiempo su familia perdió contacto con él y nunca lo volvieron a ver.

Como hija mayor a Claudia le tocó cuidar a todos sus hermanos y ayudar en todo lo posible a su madre, que quedó sola al frente de la familia. Tenía quince años cuando quedó embarazada por primera vez.

Claudia, con su madre, sus hermanos y sus hijos, emigró a Ciudad Juárez desde Michoacán. A sus treinta años de edad, con seis hijos cuyas edades fluctúan entre los dos y catorce años, se hace cargo de ellos después de haber abandonado al marido, un hombre violento y alcohólico. Su madre y sus hermanos la apoyan todo lo que pueden.

El trabajo está escaso en el pueblo

No es muy grande mi pueblo, ahí la gente, casi toda, depende de sus tierras de siembra y de las cosechas, de maíz y de frijol.

La mayoría trabaja en sus cosechas y la demás gente en cualquier trabajo, pero está escaso, la gente que lo encuentra no se sale de ahí o lo cuida mucho, casi no hay trabajo.

La gente a veces se viene para acá, la que no tiene se viene casi siempre a Estados Unidos o a otros lugares.

Somos seis, yo soy la mayor, la primera. Me tocó “lidiar” a todos mis hermanos.

Cuando yo tenía nueve años mi papá se fue a Estados Unidos y ya no volvió, hasta la fecha.

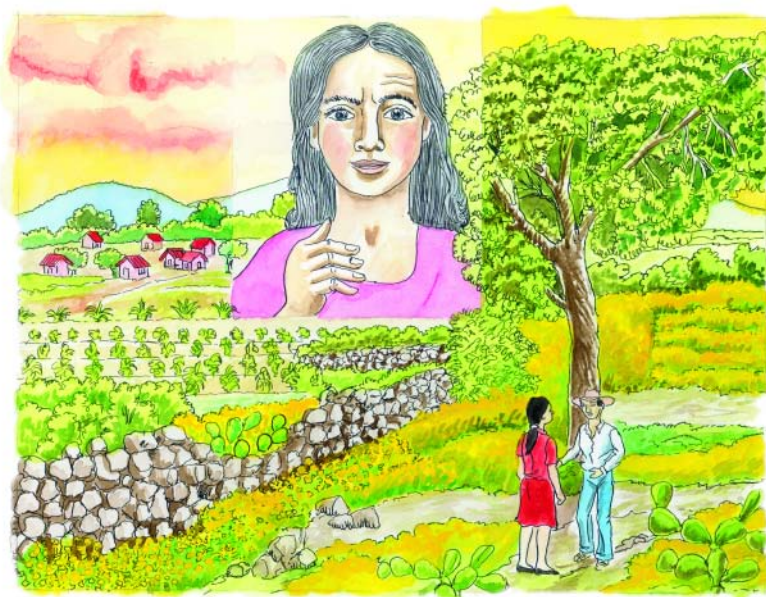
Mi mamá, siempre trabajó en casas haciendo la limpieza. Se iba a una casa a planchar y luego a otro lado también a planchar, tenía tres trabajos la pobre y no le alcanzaba para nada.

Madre y niña

Yo tenía quince años y estaba estudiando la secundaria, él tenía los mismos que yo. Comenzó a chantajearme, que no terminara con él, yo no entiendo hasta ahorita, no sé por qué me dejé envolver por él. Me decía que en su casa peleaban mucho, que él se quería salir de ahí conmigo y luego me amenazaba, que si lo dejaba se iba agarrar a una de mis hermanas, estaban chiquillas ellas. Así es como él comenzó a meterme en su aro, no sé cómo su mentalidad fue capaz de eso, yo creo me asusté mucho y empecé a hacer lo que él quería.

Yo seguí en mi casa hasta que salí embarazada del niño. Cuando tuve la certeza de que estaba embarazada le dije a él, ya no hallaba ni qué hacer, y él le dijo a su mamá que me llevara para allá. Yo no quería, no me gustaba la idea de irme para allá, nomás que yo tenía que hacer lo que él decía porque estaba embarazada.

Los primeros años viví con mis suegros. Después con mi mamá, con una tía, mi abuela y así nomás andábamos. Él trabajaba una semana y otra no, andaba de trabajo en trabajo, se salía, compraba lo indispensable y lo demás se lo echaba. Siempre lo andaban corriendo de los trabajos. Allá su mamá le daba dinero y mi suegro pagaba la maternidad.



Una vida llena de violencia

Siempre nos golpeó, a mí y al niño grande, hace apenas seis meses que me libré de él.

Él hablaba mucho, quería vernos en el suelo, siempre, los peores insultos todos los días.

Me golpeaba mucho, pero nunca me mandó al hospital. Él decía que sabía dónde pegarme. Siempre me pegaba en la cabeza, y al niño también, en la cabeza o en donde él decía que no se viera.

Por cualquier cosita, mínimo detalle, no le pagaban y entraba directito con nosotros.

Una vez el papá lo regañó, yo ya estaba acostada, estaba embarazada del primer niño, oí que lo estaba regañando y luego luego pensé: ahorita viene conmigo.

Y sí, me dijo aventándome de la cama:

—¡Bájate y acuéstate ahí!

Me acosté en el suelo, sin ni siquiera unas cobijas, ahí nomás, lo único que yo traía puesto era una bata de maternidad. Se paró él, y se orinó sobre mí, nomás para hacerme sentir no sé... mal. Yo no decía nada.

Él me hizo muchas cosas, una vez venía enojado, me habló a mí, le habló al niño y le empezó a decir cosas asustándolo con unas tijeras en la mano.

—A él no le hagas nada, le dije, lo que quieras hacerle a él házmelo a mí.

Me cortó aquí en los brazos con las tijeras; me cortó la piel delante del niño. A mí no me dolió, sino que lo que me dolió fue que vio el niño y se asustó mucho.

Siempre lo dejaba y luego volvía con él, porque siempre me estaba diciendo que quién me iba a querer con tanto niño, cosas así. Me decía muchas cosas humillantes.

Intentó dejarlo muchas veces

Con él yo no sentía nada, dejé de sentir desde antes de que naciera el niño, pues sí, lo hacía por obligación nomás y por no estar peleando.

Nunca me cuidé con nada, él no me dejaba, no me daba dinero para nada. Decía que solamente así me iba a tener amarrada con él.

En una ocasión yo me vine de allá, ya no lo aguantaba. Mi mamá y mis hermanos ya estaban acá. Le hablé por teléfono a mi mamá y le pedí que me mandara dinero. Me salí de mi casa con los niños y me escondí, y cuando ella me mandó dinero me vine a vivir para acá. Nomás que él se vino detrás de mí, luego luego, y aquí, empezó otra vez con sus mismas historias de siempre.

Él siempre busca los niños y se los lleva, entonces es la forma en que a veces él me chantajea, cuando los tiene allá.

Me decidí a dejarlo definitivamente después de una vez que vi cómo le estaba pegando al niño. Lo dejó cuidando el taller —porque el niño tenía que aguantarse las desveladas, acompañarlo en las borracheras hasta la hora que a él le daba su gana; acababan de tomar a las tres, cuatro, él tenía que estar despierto, para que él cerrara el taller y recogiera todo—, entonces yo creo que ese día tenía mucho sueño y se quedó dormido arriba del carro, él llegó, lo vio dormido y empezó a pegarle, a darle patadas, fue cuando yo dije este es el último día, ya no más.

Me fui con una prima y luego al DIF, del DIF me mandaron al centro Casa Amiga.

La familia se reorganiza

Mi mamá rentaba una casita en una colonia que se llama Galeana, ahí estaba rentando cuando llegué yo allí. Mi mamá trabajaba de operadora en la maquiladora.

Yo no empecé a trabajar sino que me quedaba en la casa, con los niños, ayudándole a mi mamá, nomás ahí, no quería salir.

Me costó algo de trabajo adaptarme, por el clima, por la gente, también que tenía miedo hasta para salir a la tienda.

Ahora trabajo en el tercer turno en una maquiladora, le ayudo a una prima a planchar y con otra señora voy dos veces por semana a limpiar su casa.

Entro a las once de la noche y salgo a las seis quince de la mañana. A veces, de la maquila de pasada me voy con la señora, vengo llegando a la casa como a las dos o las tres, ya duermo unas tres horas, dos o una, lo que pueda y vuelvo otra vez.

Entre mi mamá, mi hermana y yo, compartimos el cuidado de los niños. Mi hermana los cuida en la noche hasta que mi mamá llega a la una y media. Mi mamá está en el día, cuando yo llego, que no voy a ningún lado, llego y me duermo, unas cuatro horas y me levanto, y ya.



Afortunadamente en Ciudad Juárez, Claudia encontró apoyo psicológico y moral, así como asistencia legal, para poder dejar al padre de sus hijos.

Ahora ella trabaja en una maquiladora por las noches y en el día realiza otras ocupaciones. Con su madre y hermanas comparte la vivienda, los gastos de manutención de la familia y el cuidado de los hijos.

Sola, siempre sola

Soledad

Soledad es una muchacha de ideas diferentes, según sus propias palabras, porque no quiere quedarse en su pueblo y hacer lo que otras muchachas de su edad: casarse y tener hijos.

Partió de un pueblo de Guatemala cercano a la frontera con Chiapas, de ahí viajó hasta Sonora con la intención de cruzar hacia Estados Unidos. Tres veces lo intentó y tres veces la regresó la policía migratoria. En la tercera ocasión la dejaron en Cd. Juárez, sola y sin dinero.

Del otro extremo de México

Yo vengo de Chiapas, del municipio de Amatenango, es un pueblito pequeño, como de mil personas o más; hay iglesia, escuela primaria y secundaria.

El siete de septiembre voy a cumplir veinte años. A los tres meses de haber nacido, mi mamá y mi papá se dejaron y mi madre me llevó con mis abuelos. Tenía tres años cuando mi mamá se casó con otro hombre y yo quedé sola con mis abuelos, ellos me cuidaron hasta que crecí.

Vivíamos en una casa con tres cuartos pequeños de adobe y techo de madera, no teníamos estufa, nada más parrillas de leña.

Más o menos cuando cumplí quince años, mi tío, que vivía también ahí, tuvo a su esposa y ella se portó mal conmigo porque se encelaba, decía que mi tío era mi amante y no. Entonces mi papá me quiso traer a vivir con él a Guatemala, ahí compró él un terreno.

Yo decidí vivir con mi padre pero, como tiene su esposa y no es mi madre, me trataba mal y los hijos de ella también. Ahí yo nunca pude vivir, entonces decidí venir para acá.

Con la ayuda de Dios

No tengo miedo porque fui con un pastor que está bien estudiado sobre la Biblia, que es doctor en Biblia, entonces me dijo:

—El día que te vayas debes de orar mucho y debes de ayunar para que no te pase nada, para que todo te vaya bien.

Entonces yo, antes de venirme, dos días no comí, nada más oré. Todo el día y toda la noche oraba y pedía a Dios que no me pasara nada, y eso me libraba de todas las tentaciones. Terminé de ayunar y de orar los dos días cuando me vine para acá.

Nada más le dije al pastor que orara mucho por mí para que no me pasara nada, porque ya me iba a venir. Así fue que me vine orando y con la ayuda de Dios llegué bien a Sonora. Siempre Dios me ha ayudado y me ha librado de problemas.

Ahora pienso en buscar un trabajo para tener dinero e intentar pasar otra vez. Me vine preparada con mi acta de nacimiento.

Aquí me van a dar trabajo en un hotel, se me hace que el lunes empiezo a trabajar, pero no me voy a quedar muchos días porque me quiero regresar de nuevo, a ver si me pagan un buen sueldo y si no, solamente me voy a estar unos dos meses.

Un largo viaje

Cuando salí de Guatemala le dije a mi papá:

—Me voy a ir porque su esposa no me trata bien—

Mi papá no me quiso dar para mi pasaje y yo pedí prestado. De Guatemala me fui caminando hasta Amatenango, que se hacen como unas seis horas, y de ahí a Motosintla, desde donde tomé un camión directo a Tijuana. Pero no me fui hasta Tijuana, me quedé en Altar Sonora. Hice dos días y una noche en el camión.

Ahí un pollero me llevó a la línea, me llevaba fiado y no pagué nada.

Pensé pasar sola, no traer compañeros ni coyotes, ni nada, pidiendo a Dios que me ayude en todo, me ha ido bien, nomás que nunca paso.

No he podido pasar para los Estados Unidos porque la primera vez que lo intenté, iba por el desierto y la migra me agarró y me echó para Nogales; intenté pasar otra vez, ya iba por Tucson cuando la migra me agarró y me echó a Nogales otra vez, entonces intenté la tercera vez, ya iba por Nuevo México y me agarró la migra y me mandó hasta aquí a Juárez.



La primera vez caminé dieciocho horas, la segunda caminé doce horas, y la tercera caminé quince horas. Llevábamos agua y comida, una maleta y ropa, y luego cuando nos íbamos en troca todo lo dejábamos tirado, sin nada nos íbamos. De regreso a Sonora ahí llegábamos con una señora que era bien buena gente, yo le ayudaba a hacer oficios, a cuidar a una niña, y ella me daba comida gratis, me daba ropa, pero cuando cruzaba yo todo lo dejaba tirado y regresaba sin nada. El esposo de ella era pollero. Ahora quiero regresar, pero no puedo, porque no tengo dinero.

Otra manera de pensar

Sí tuve novios, pero nunca se me ocurrió casarme. Yo no quería eso porque miraba a muchas mujeres que cuando tenían marido ya no podían salir a ninguna parte, luego les venían sus hijos y los miraban como esclavos; sólo tenían una casa, no tenían nada de cosas, viven pobremente.

Entonces yo pensaba: ¿Por qué muchas sí tenían casa y carro y todo eso? Algunas sí tienen muchas cosas.

Por eso pensé, cuando estaba en Chiapas, que me iba a ir a los Estados Unidos, e iba a hacer una casa en un pueblo y tener cosas, buenas cosas, y luego yo pensaba entonces si me voy a casar, así



aunque me dejen, tengo en dónde vivir y si me quedo con familia voy a tener en dónde vivir. No quiero como otras que no tienen ni casa, ni nada y algún día se dejan y se van con sus hijos a vagar, y sus hijos se quedan perdidos y así tienen otros maridos y les vale dejar a sus hijos con otra familia.

Yo pienso eso, de quedarme y vivir con mis hijos, no quedar vagando por ahí como otras, por eso mi meta es ir y ganar dinero para tener algo y no vivir pobremente.

A las mujeres, cuando nos toca la buena suerte que el esposo es rico, no queda una en la calle; pero si es pobre, sí. Porque el amor... veo que cuando uno se enamora no está pensando si es rico o si es pobre.

Allá, unas de quince años, de catorce, se casan. Mis amigas todas ya están casadas.



Soledad cree firmemente que su futuro, al menos el inmediato, está al otro lado de la frontera norte, donde piensa llegar sin importar los obstáculos que tenga que sortear.

Desea progresar, ganar el dinero suficiente para edificar una casa en su pueblo y no descarta tener hijos, pero está consciente de que ser esposa y madre no es su fin último. Por el contrario, le asusta la posibilidad de enfrentarse al matrimonio y a la maternidad en desventaja como la mayoría de las mujeres de su pueblo.

No teníamos nada para vivir

Pedro y Dolores

El primero en llegar a la frontera fue Pedro, llegó atraído por la posibilidad de encontrar un empleo que le permitiera tener un ingreso fijo para sostener a su familia.

Al igual que otros hombres de su comunidad, Pedro fue enganchado por las promesas de trabajo que le hicieron personas que iban desde la frontera hasta su pueblo en autobuses enviados para ese propósito.

En un pueblo de Veracruz se quedó su esposa Dolores con sus dos hijos. Meses más tarde Pedro decidió ir hasta su estado natal y traerse a su familia.

Al momento de la entrevista la pareja y sus dos hijos, de nueve y siete años de edad, comparten una vivienda de dos habitaciones con dos parientes del mismo pueblo. Para llegar al barrio donde se encuentra la casita se hace en autobús aproximadamente hora y cuarto desde la plaza principal de la ciudad.

A la búsqueda de una mejor forma de vida

Dolores: Yo nací en un lugarcito que se llama Aguapinoles, en Veracruz. A mi papá no lo conocí, pues yo tenía un mes de nacida cuando él se murió. Mi mamá planchaba y lavaba ajeno que en ese tiempo estaba más fácil, pero ahorita ya no. Vivíamos en una casita de palmas, cerca de donde le dicen Yaguas, tenía dos cuartos nada más. No teníamos luz, ni drenaje, tomábamos agua de un pocito de manantial. Hacíamos las necesidades así, en el monte.

En aquellos tiempos, a mis hermanos y a mi nos sacaron de la escuela porque no había dinero para comprar cuadernos.

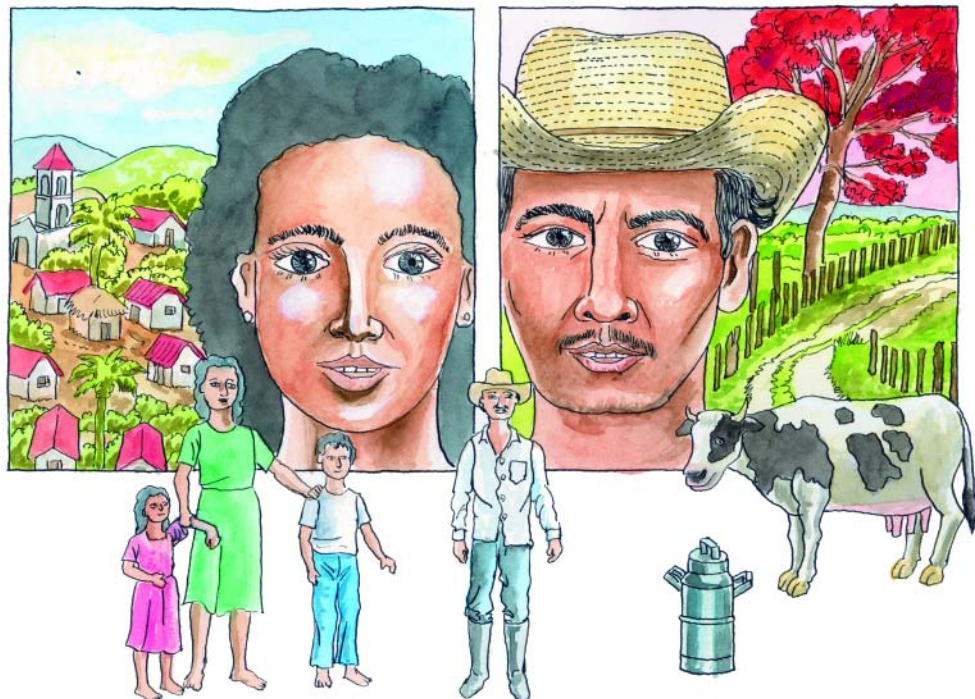
Pedro: Nos dedicábamos a dos cosas, lo que es el campo y los animales de un tío. Allá en Acayucan desde que llegué me puse a trabajar para una compañía que se llamaba Concentrados del Sureste; en donde hacíamos alimento para ganado. Se cerró la planta, y de ahí, pues me dediqué de vuelta a lo mismo, la ganadería, ordeñar.

Dolores: Yo ya no trabajé, porque tenía a los dos niños chiquitos. Pedro: Planificamos la familia porque si ya con dos no nos alcanza, con tres o cuatro menos. Si no tiene uno ni tierra que trabajar, no teníamos ni para hacer casa. Luego nos fuimos a unos ranchos, ahí anduvimos como otros tres años afuera.

Dolores: Nos movíamos siempre adentro de Veracruz porque se tiene el mismo lugarcito. Ya después de Veracruz a Juárez, él se vino primero.

Pedro: Pues yo me vine, porque en el último rancho que trabajé estuve como seis meses; era la vida muy matada y el sueldo muy poco; pero me dijo mi compadre:

“Si quieres te regalo el boleto y vámonos a Juárez, allá ganas más y es menos matado el trabajo”.



Y es por eso que me vine a Juárez. Veníamos buscando trabajo, por la economía de la familia, allá no teníamos nada, ni tierras donde hacer una casita, nada para vivir. Ella se quedó en Acayucan en casa de su hermana.

Trabajo y organización familiar

Pedro: Cuando llegué aquí a Juárez me fui directamente con mis hermanos y mis primos, ellos me echaron la mano durante quince días, que para el carro, que para esto y lo otro; bueno, luego uno de ellos me lo cobró y se lo pagué. Yo necesitaba para el autobús y ellos me mandaron doscientos pesos.

A los dos días me fui a trabajar a la corporación como guardia de seguridad. Mientras, estuve con ellos, ya después mi otro hermano, el más chico, que estaba también aquí, me fue a ver.



—Fíjate que estoy solo en la casa y la casa es grande, si quieres vámonos. Y sí, cuando me pasé ahí fue cuando le dije a ella: “pues te vas a venir”, y le mandé para el pasaje del autobús.

Dolores: Pagamos cuatrocientos pesos de renta. Son dos cuartos y el baño, uno es de cemento y el otro es ladrillo. También tenemos agua adentro, nada más nos falta el fregadero.

Pedro: Ahí vive mi primo, un sobrino de ella y nosotros, o sea cuatro adultos y dos niños. El sobrino y el primo trabajan para la misma maquiladora en donde yo estoy de arnesero. Mi turno de trabajo es de lunes a viernes, de la tarde hasta la media noche, llego a casa ya muy tarde y me vengo levantando como a las once de la mañana.

Dolores: Yo sí me tengo que parar temprano para llevar los niños a la escuela. Y luego hacerles de comer para llevarles.

Redes de traslado, contratación y hospedaje

Pedro: Nos venimos para acá porque allá llega el rumor de que aquí el trabajo se paga muy bien. O sea que en el radio lo anuncian y todo, hasta hay autobuses dispuestos a traer a la gente.

Dolores: Las radiodifusoras hablan de venir. Uno baja a las calles y en cualquier poste, o en cualquier pared, se ven los anuncios, a veces de que se necesita personal para trabajar en maquiladoras y todo eso. O propaganda de la línea de transporte, ellos mismos hacen el movimiento.

Pedro: Por ejemplo, ahí en la línea llegan los gerentes o los encargados de las maquilas y pegan su lote de anuncios, los ve uno y vamos directamente con ellos; la maquila paga el viaje a los transportistas.

Llega uno directamente a unos cuartos especiales, que tienen para unos quince días, para que busquen trabajo, ya tienen todo controlado.

Dolores: Los camiones sí cobran. Supongamos que ahorita dijera un familiar de él que se quiere venir, él va y habla con el del transporte para que se lo traigan y acá le paga. Así hacen muchos.

Pedro: En el hospedaje caben hasta cincuenta personas acostadas en el piso. Lo del hospedaje sale de uno mismo. Por ejemplo, el dueño del hospedaje le dice:

–Te voy a dar quince días, una semana es gratis, después de eso te voy a cobrar trescientos pesos.

Al que le gustó ahí, pues se queda, paga los trescientos y la comida aparte.

Salud y servicios médicos

Dolores: La niña tiene nueve años y no sabe leer. Apenas es el primer año que está estudiando, porque en general nada más estudiaba un mes y ya.

Pedro: Siempre ha padecido de asma bronquial, a veces a punto de desarrollársele bronconeumonía o bronquitis.

Dolores: Sí había ido a escuelas, pero se la llevaba más internada que en la escuela.

Pedro: En Veracruz nos decían los doctores que a esta niña le hace falta estar en un lugar frío y seco, eso es un poco por lo que me vine, dije, ahora me la voy a traer y ahora aquí está bien seriecita y ya.

Dolores: O sea aquí sí le da gripa pero se le quita y ya, pero antes era una cosa que...

Pedro: Cada quince días con el doctor. Se enfermaba de gripe, y yo decía ésta se me va a morir. Nada más llegamos aquí y se compuso. Ahora en junio vamos a Veracruz, y llegando allá se pone con el asma, porque aquel clima no le está, porque es húmedo.

Dolores: Es que aquí ella no sale a jugar a la tierra.

Pedro: Nada más se la pasa adentro en la casa, no juega.

Dolores: Pero allá sí, y se junta con todos mis sobrinos y otros chiquillos, y ya es un relajo el que hacen afuera, y como el solar es grande...

Dolores: Él tiene una bola.

Pedro: Se llama bocio tiroideo y afecta la glándula tiroides, toda la parte de la garganta. Antes me gustaba cantarle a los borrachitos y ahora ni para eso me sirve.

Cuando yo era chamaco así era como me ganaba los cinco o los veinte pesos, cantándole a los que estaban tomando, para tomarme una soda o comprarme una galleta.

Esta semana tengo cita con la especialista para que me dé un tratamiento, me va a dar una dosis y me va a incapacitar un mes. Esa dosis es muy cara, sale alrededor de dos mil quinientos pesos. Dolores: Tiene como dos años o tres que le salió.

Pedro: Allá en Veracruz llegué a vender hasta el comedor y otras cosas para poderme curar. Y luego le digo a ella, mejor vámonos, si no vamos a acabar con lo que tenemos.

Dolores: Pues acabamos.

Pedro: Sí, acabamos. Me traté allá en Veracruz pero se me acabó todo lo que tenía, tenía mis animalitos y todo eso se fue. Yo podía haber comprado el seguro porque trabajaba antes en una compañía, pero nunca me dijeron como hacerle. Alguien me dijo:

—Allá en Juárez hay mejores especialistas y te vas a componer.

Aquí la doctora me dice:



—Para qué lo hago gastar en seguros mientras lo opero, con la ayuda que le estoy dando va a salir adelante. El IMSS le va a pagar la incapacidad y si lo corren hay más trabajo y tiene derecho a cuarenta días del seguro.

A lo mejor, como me dice la especialista, nunca me dijeron, y uno de mente cerrada, pues viene uno de ranchito. Pero de haber sabido que se podía comprar el seguro no hubiera acabado con las cosas.

Una historia de maltrato infantil

Pedro: A mí me pegaba mi tío, mi mamá me regaló con él cuando tenía ocho años, con él me crié,

Nosotros éramos cinco, a los demás los repartió con sus hermanos, yo como estaba más chamaco, me jaló con el más chico.

Me regaló porque se juntó con otro hombre y ¡vaya!, ¡palabra que era el diablo! Llegaba el hombre y quería que le quitáramos los zapatos y que los calcetines, y si nos encontraba en la calle nos metía a cuerazos. Una vez me correteó, me dio una que fue la primera y la última; yo tenía ocho años, entonces, en lo que se acostó, agarré yo el cebollero y ya se lo iba a meter en la barriga, cuando despertó, ¡me dio una tizna!, y le dijo a mi mamá que si no me regalaba él se iba a ir y ella prefirió regalarme a mí y quedarse con el señor.

La verdad sí le tengo rencor, pero nunca le reclamé.

Y salí de Guatemala para meterme a guatepeor, pero tan siquiera mi tío me enseñó a trabajar, ya no fui a la escuela, como no era yo hijo legítimo.

—Ya te vas a tener que ganar lo que te comes, decía el tío.

Empecé a tomar saliendo de la escuela, a los catorce años, por lo triste y decepcionado, no tenía quien me ayudara.

El trato a los hijos

Pedro: Ellos, mientras esté yo con ellos se sienten felices; le decía yo a la niña:

–Fíjate que me voy a ir a los Estados Unidos.

Y ella me decía:

–Si te vas tú, me voy yo.

Por eso le digo yo a ella que a mí me duele que les pegue a los niños, a la niña, principalmente a la niña, los dos son de carne y hueso, los dos sienten, a mí no me gusta nada de que “por tu culpa



a mí no me hacen caso”, no hay necesidad de andarles pegando, hablándoles entienden los chamaquitos.

Dolores: No les pego seguido, nomás de repente les doy sus nalgadas.

Pedro: Yo les hablo y ellos entienden, y a veces solamente conquie yo les hable lloran; lloran y los ando chiqueando, que no llore m’ ijo.

Ella dice:

—Es que no me hacen caso.

Dolores: Es que yo a veces los regaño y él no, es que hacen travesuras y a veces les doy su codazo, por eso me reniegan más. Y él no, los ve hacer una travesura y ni siquiera les habla ni nada.

Pedro: No sé, como a ella no le pegaban, por eso ella les pega a ellos.



Pedro, Lola y sus dos hijos son una de la miles de familias de veracruzanos que se establecieron en Ciudad Juárez a finales del siglo XX.

En ese momento dirigieron sus esperanzas a la ciudad fronteriza, un tanto por necesidad, otro tanto porque había constantes campañas de contratación dirigidas por las empresas juarences que requerían de mucha mano de obra.

Luchan cada día por adaptarse a sus nuevas condiciones de vida. Mantienen una esperanza, la de obtener una casa propia y recuperar la salud en esta ciudad gracias a las prestaciones y servicios médicos que les brinda el empleo de Pedro en una maquiladora.

Si me quieres seguir...

Martha

La vida de Martha ha sido difícil desde la infancia. Fue víctima de violencia familiar primero y conyugal después; se separó de su primer marido, se volvió a casar y enviudó, se quedó con cuatro hijos pequeños y uno por nacer.

Su deseo de cambiar de vida la llevó a emigrar a la frontera con su actual compañero y sus cinco hijos.

Matrimonio adolescente y violencia.

Soy de Gómez Palacios, Durango y tengo tres años aquí. Tengo veintinueve años y cinco hijos, dos hombres y tres niñas. Un niño de trece, una niña de diez, otro de nueve, una niña de siete y una de cuatro.

Mi papá era trailero y mi mamá se dedicaba a la casa, tuve nada más un hermano.

Yo me casé a los quince años. Él y yo nos empezamos a tratar y después de tres meses me casé.

Desgraciadamente me tocó una suerte muy fea. Justamente yo me salí de mi casa por el maltrato y por estar encerrada, me salió poquito peor, me salió muy golpeador el muchachito.

Yo digo que no lo quería. Yo lo único que quería era buscar, supuestamente, otro tipo de ambiente, yo lo que quería era salirme de mi casa.

Mis papás nada más me decían que yo tenía la culpa, que porque no lo dejaba, hasta que yo me decidí a decir: "Ya, hasta aquí". Me divorcié de él al año. Ya conocí al papá de mis hijos y me casé con él. Él era doce años mayor que yo. Yo tenía dieciséis años. Con él sí me casé por la iglesia y por el civil.

Viví un matrimonio muy ejemplar con él. Sí hubo problemas, pero fue una persona muy tranquila. Todos mis hijos son de mi segundo matrimonio, con él duré aproximadamente diez años.

A él lo mataron, cuando él murió, yo quedé embarazada de mi niña que ahorita tiene cuatro años.

Empecé a trabajar cuando ya me quedé sola, con mi pancita y mis cuatro hijos, pues yo dije: ¿ahora yo qué voy a hacer? Sola sin el apoyo de nadie, mi mamá estaba en Estados Unidos, mi hermano pues tenía como catorce o quince años y dije yo, pues, ¿en qué me puede ayudar?

Mi padraastro estaba muy grave. El ya era como un niño y murió a los cinco meses después de que murió mi esposo.

Yo pensaba: ¿Ahora qué voy a hacer? En la maquila no porque estás embarazada, en una casa no, porque estás embarazada, o sea me ponían trabas y dije: ¿No pues qué les estoy pidiendo?



Bueno, allá hay salones de baile y me fui a bailar. Nada más bailar. Dice el dicho, “El hombre llega hasta donde la mujer quiere”.

Muchas de las veces que se quieren pasar: –¿Sabes qué?, déjalo así, págame lo que me debes y me retiro.

Iba en la noche. Dejaba a mis hijos encerrados. Estaban chiquitos, el más grande tenía unos ocho años. Cuando me salía los dejaba dormidos.

Me preocupaba, decía:

–¿Y si les pasa algo a mis hijos por andar yo acá?

Pero también decía:

–Bueno pero tengo que llevarles qué comer.

Por noche sacaba por decirlo así como unos 100, 120 pesos. Nada más lo que me daban los clientes.

Ya que conocí a los clientes con el tiempo que duré ahí trabajando me decían:

–¿Qué “panzona”, cuándo te vas a aliviar?

–Pues ya me faltan unas dos o tres semanas.

–Pues ahí te van unos 50 pesos para que te ayudes.

O sea, muchos señores me ayudaron, sin mala intención.

–Ten ahí te van los cincuenta, los... tantos.

Ya me iba yo con mis 50 o 100 pesos, muy contenta porque ya tenía qué darles de comer a mis hijos.

En ese entonces yo le dije a una persona conocida:

–Sabe qué, le dejo a mis dos hijos y a otra le dejé los otros dos, porque pues, ¿cómo hacerle?

Entonces me alivié, otra persona me cuidaba a mi bebé y yo seguía trabajando. Les llevaba para que comieran y todo, porque nunca desatenderlos ni dejar de verlos. Siempre estar al pendiente de ellos, estar al lado de ellos...

Seguí trabajando, conocí a mi tercer pareja, ahí en ese lugar; nos empezamos a tratar, cuando yo me alivié de mi niña, él estuvo conmigo; así es que haga de cuenta como si fuera el papá.

Cuando me junté con este muchacho dejé de trabajar en la noche en la bailada.

Cambiar de vida

Nos venimos para acá. Allá, yo decía, “bueno que estoy haciendo aquí, mi papá ya se murió, familia no tengo”. Y le decía:

—¿Sabes qué, te vas o te quedas?

—¿Y a dónde vas?

—Yo voy para Juárez con mis hijos, voy a cambiar de vida, cambiar de ambiente, quiero sacar a mis hijos adelante, si me quieres seguir, me sigues y si no, muchas gracias y te quedas.

—No, yo me eché una responsabilidad, una obligación, nos vamos. Y se vino y aquí tenemos tres años. Cuando recién llegamos yo empecé a trabajar en maquila y él también.

No le gustó la maquila

Me salí de la maquila. Desgraciadamente tuve un pleito con una empleada, me corrieron y dijo él:

—Es que no te puedo dejar sola a que te vayas a otra maquila.

¿Sabes qué? Meto mi renuncia y nos vamos.

—Órale. Y nos fuimos.

Ahora trabajo en “barra”, en un bar, y él sigue en maquila, va en la mañana.

Mi primer trabajo en esto aquí fue en La Mariscal, en un bar que se llama El X. Andaba buscando trabajo y vi un letrero que decía: “Se solicitan muchachas para “barra”. Bueno, pensé, ¿y esto de qué se trata, de qué es?, pues yo no sabía ni qué onda. Total, me metí y hablé con el dueño:

—¿Sabe servir vino?

—Yo no sé nada de eso.

—Bueno, aquí la vamos a enseñar.

En ese entonces me pagaban 70 pesos por día, que se me hacía mucho pues en la maquila ganaba 30 pesos diarios. Y ya de ahí fue que yo me empecé a quedar en la barra. Ahorita de cajera gano 170 pesos.

Una hija con problemas

Desde que se murió su papá empecé a batallar con ella, por su carácter, por su forma de ser, precisamente es la niña que está en el DIF desde hace dos meses.

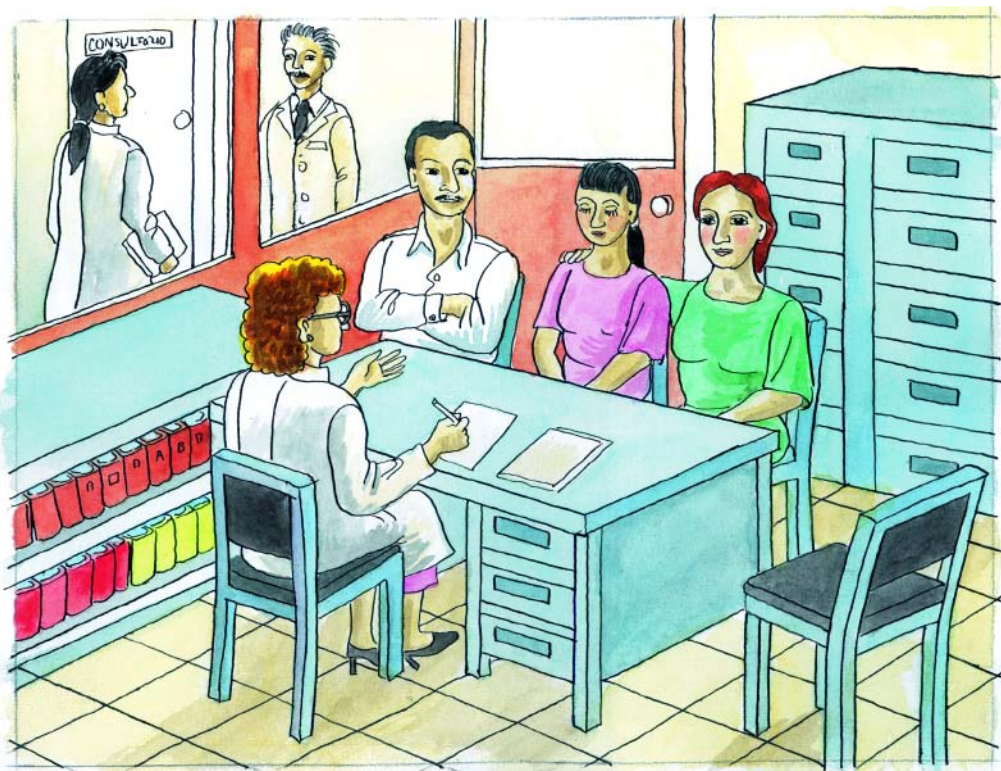
Los de la policía no fueron capaces de ir a mi casa a preguntar qué era lo que estaba pasando, nomás, se la llevaron al DIF y hasta ahí. Eso pasó el 28 de enero.

Entonces ya fui al DIF y me dijeron que la niña declaró que su padrastro la golpeaba y que abusaba sexualmente de ella.

Para mí están primero mis hijos y después mi pareja, así que fui con la psicóloga y pues ya empezamos a ver que lo de ella era psicológico, porque es muy mentirosa, muy mentirosa. Él sabe porque ha estado yendo conmigo.

Él dice:

—Mira hija, yo a la niña en ningún momento le he hecho algo, yo no sé por qué la niña dice, yo a donde me quieran mandar voy porque tengo mi conciencia tranquila.



Yo confío mucho en él, pues son muchas horas que lo dejo con mis hijos; tengo otras dos niñas, la otra tiene siete años. Inclusive yo, a veces, que las estoy bañando le pido que me ayude con ellas.

Dicen que lo de ella es neuro... ¿Cómo me dijo? ¡Ay! no me acuerdo la palabra que me dijo la psicóloga porque la niña también se orina. O sea, que tiene varias cosas.

Porque supuestamente ella decía en sus declaraciones que no nada más ella padecía eso, sino también las otras dos niñas. Y no, hasta ahorita no, son muy tranquilas ellas.



Martha como muchas mujeres que se quedan sin pareja, sin recursos económicos, sin apoyos de ningún tipo, con hijos que mantener y uno más en camino optó por ganarse unos pesos de una forma poco usual: cobrando por bailar en un centro social, variante de lo que tradicionalmente se llama “fichar”.

Emigró con su nuevo compañero y sus hijos a Ciudad Juárez. No ha sido fácil aunque tiene un trabajo que le reporta un ingreso que considera razonable. Al momento de la entrevista pasa por una prueba difícil, su hija púber se encuentra en un albergue del DIF, al que fue llevada después de haber acusado a su padrastro de abuso sexual. Martha trata de equilibrar su frágil situación: por una parte reconoce el apoyo que su pareja le ha brindado y, por otra, sabe que debe anteponer el bienestar de sus hijos.

Toda mi vida he trabajado

Socorro

Socorro tiene 32 años, es originaria de Durango. Está casada por el civil, es madre de tres niñas, de seis, diez y once años. Actualmente radica en Ciudad Juárez con su esposo e hijas, trabaja como empleada doméstica.

Como integrante de una familia de jornaleros agrícolas, gran parte de su vida transcurrió viajando de campo en campo en la región noreste del país. Como ella expresa en su testimonio, trabajaban para mal comer y no tenían ni casa, ni muebles, poseían sólo algunos enseres y la ropa que llevaban puesta. Las condiciones de higiene dejaban mucho que desear, no iban a la escuela y tampoco tenían ningún tipo de servicio médico

Su vida no ha sido fácil, sin embargo conserva la esperanza de algún día volver a reunir a su familia y ayudarles a tener una mejor calidad de vida.

De campo en campo

En mi familia somos cinco hermanos: dos hombres y tres mujeres. Todos nacimos en Durango, de ahí nos fuimos a un campo cerca de Culiacán, Sinaloa.

En ese campo hubo un incendio y se nos quemaron todas las cosas; nosotros estábamos chiquitos; eran casas de lámina negra que allá se le llaman galerones, son cuartos que los mismos patrones les prestan a los trabajadores. Eran como tres o cuatro galerones de familias que vivían en ellas.

Nunca nos regresamos para Durango, porque se nos quemó el dinero y la ropa que teníamos. De ahí nos fuimos a otro campo y así anduvimos y hemos andado todo el tiempo en el llano, todavía ellos viven en el

campo. No teníamos nada, nada, trabajábamos para mal comer.

Cuando éramos niños nos entreteníamos en la casa juntando cositas del basurero para jugar y ya cuando éramos adolescentes, ahí en los campos hacíamos bailecitos caseros; llegaban cines de carpa y los circos también, era la diversión de adolescentes.

No teníamos luz, agua potable tampoco, pura agua de canal. Para tomar, comprábamos nosotros agua de esa de garrafón. Lavábamos en el canal, en piedritas, ése era el lavadero. Y para “hacer” íbamos al monte. Hasta ahora ya hay una letrina. En esas condiciones se vive allá.

Los patrones no tenían asegurados a los trabajadores, cuando alguien se enfermaba teníamos que ir con el patrón a que nos diera una orden para que nos pudieran atender. Para llegar a la clínica, como para una emergencia pues, hacíamos como dos horas porque está lejos.

Fuimos muy grandes a la escuela, yo tenía como unos nueve años o diez cuando entré a primer año, llegué hasta sexto, nomás. Mi papá no tenía los medios para mandarnos y estaba muy lejos la escuela, mejor nos mandaba a trabajar.



Rumbo a la frontera

Bueno, pues me hicieron venir muchas cosas, lo primero, por cuestión económica, ya no nos alcanzaba para comer ni para vestirnos y problemas de pareja.

Me casé con mi primer novio, yo tenía diecisiete años, él dieciocho y duramos tres años de novios; tres o más, peleábamos y regresábamos y así duramos, ya me fui con él cuando iba a cumplir veinte años.

Empezaron los problemas cuando yo estaba embarazada de mi niña la más grande, éste era muy mujeriego, se juntó con una mujer, tuvo dos niñas con ella y se separó de ella y nos volvimos a juntar nosotros, apenas tenemos unos años que estamos viviendo bien.

En Culiacán él quería buscar trabajo y yo le dije que no, que yo no quería vivir ahí porque ahí vivía la mujer:

—No tiene caso que estemos aquí y va a volver a pasar lo mismo. ¿Para qué? Tú vas a ir a buscarla y van a ser los mismos problemas. Mejor vete para allá.

Él tenía la idea de irse al otro lado. Se fue para allá, consiguió pasaporte y se fue para el otro lado un tiempo. Pero no aguantó, aguantó dos meses nomás solo y ya me mandó hablar.

Y me vine. Él no se fue siempre y consiguió trabajo aquí. Las niñas se habían quedado allá, con mi mamá y mi papá. Ella me las cuidaba; estuvieron como seis meses allá con ellos. Después nos fuimos por las niñas, cuando ellas salieron de la escuela y ya desde entonces aquí hemos estado.

El trabajo

Toda mi vida he trabajado, desde que yo estaba con él trabajé en el empaque como dos años.



En el empaque trabajaba rezagando; o sea, se empaca el tomate bueno y el que no sirve se desecha. Ganábamos 400, 500 pesos por semana y trabajábamos los seis días, a veces también el domingo, hasta las diez u once de la noche.

Trabajaba porque era necesario, pero sí tenía problemas con él. No me parecía justo pero como a mí no me gustaba pedirle o decir dame, yo prefería ganar mi dinero y comprar lo que yo quisiera. Pero así era él, bien irresponsable, él no se dedicaba a nada, él llegaba y se acostaba a ver televisión, si yo hacía o no hacía; eso sí, me estaba regañando que “por qué no me haces comida temprano”, o esto o aquello y ya no me dejó.

Me metí al INEA y trabajé como un año. Daba clases de primaria o de tejido, o juntaba muchachas que no sabían leer.

Tenía mucho tiempo queriéndome venir para acá. Sola o con él, porque mi hermana, que está aquí hace varios años, me decía que había trabajo mejor pagado que allá y se trabajaba menos. Yo me vine dos meses después que él. Cuando llegué mi hermana me consiguió trabajo.

Fue a la tortillería que está aquí abajo y le dijo al señor que si no ocupaba a una señora que les ayudara; empecé a trabajar ahí como al mes de llegar.

En la tortillería hacía tostadas, barría y limpiaba la tortillería. Me pagaban 50 pesos diarios, o sea por semana 450. De lunes a sábado, entraba a las seis de la mañana y salía a la una a comer y entraba a las tres de la tarde y salía a las seis o siete de la tarde.

Me tomaba dos horas de comida, o sea yo me venía y no me iba hasta que despachaba a mis hijas a la escuela, les daba de comer y hasta entonces me iba a acabar de hacer tostadas y ponerme a limpiar, hasta que ya lo dejé.

Ahora trabajo en una casa, con una señora, de las nueve de la mañana a las dos o una y media. Ahí me pagan 750 pesos por semana, nomás limpio, cuando ella anda muy apurada me dice: —Ándele Socorrito, ayúdeme a hacer comida.

Pero muy pocas veces.

Plancha, lavo, barro, trapeo y aspiro las alfombras. Trabajo los seis días a la semana, a veces nada más cinco días. Para entrar tengo llave y todo.

Ya tenemos casa del Infonavit. Nosotros fuimos a solicitarla; anduvimos metiendo solicitudes, hasta que gracias a Dios, nos tocó.

Me he adaptado fácil, me ha gustado, me dicen que si me regreso para allá y les digo que no, que yo aquí me quedo.

Ahora para diciembre fuimos y le dijimos a mi papá que se viniera, pero él dice que no, porque él está acostumbrado al campo y dice que el campo no lo deja.

Lo que me gustaría adelante es vivir en mi casa, cuidar de mis hijas y ya no trabajar, sino dedicarme nomás a ellas, llevarlas y traerlas de la escuela, ayudarles con sus tareas.



En la historia de Socorro está presente esa motivación que suele impulsar a mucha gente a emigrar: cambiar de vida. Su caso es un ejemplo de cómo la migración hacia el norte ofrece para muchas familias una alternativa real para vivir mejor. En Ciudad Juárez ella y su familia cuentan con empleo, casa de interés social, escuela y servicios médicos, lo que probablemente en su lugar de origen no hubieran podido tener fácilmente.

Socorro, su pareja y sus hijas, se acoplan ahora a las nuevas condiciones de vida con la vista puesta en el futuro y con la expectativa de traerse al resto de la familia para que ellos también disfruten de una mejor calidad de vida.

Con tal de salvar a mi familia

Fernanda

Fernanda emigró de Guadalajara a Tijuana junto con su madre y hermanos cuando era niña. Consciente de las dificultades de vivir en una ciudad fronteriza, Fernanda tomó la decisión de trasladarse con su familia hacia una ciudad más alejada de la frontera. Al momento de darnos su testimonio radica en la ciudad de Chihuahua, donde vive desde hace tres años, tiene 39 años, está casada y es madre de dos hijos varones, uno de catorce y otro de diez años.

A pesar de las dificultades por las que ha pasado ve su futuro promisorio.

De Guadalajara a Tijuana, de Tijuana a Chihuahua

Yo nací en Guadalajara, en el estado de Jalisco, tenía cinco años cuando nos fuimos por primera vez a vivir a Tijuana.

Cuando mi mamá enviudó todos los hermanos quedamos muy chicos, el más grande se fue con un amigo a vivir a Tijuana, tenía 14 años, mi mamá duró tres meses sin saber de él, estaba muy reciente la muerte de mi papá, consiguió dinero y se fue a buscar a su hijo. Llegó a Tijuana y con mucha suerte encontró a mi hermano; luego se puso a trabajar en un restaurante, y mi hermano en una florería; los dos empezaron a trabajar y se quedaron.

Los demás nos quedamos en Guadalajara con mi hermana la más grande. Ella tenía 12 años y fue la que nos crió a todos porque los demás estábamos muy chicos.

Mi mamá nos mandaba dinero. Un año después, cuando ya tuvo en donde meternos, mandó dinero y nos fuimos todos allá; llegamos y nos metimos a un departamento chiquito y ahí ya conforme mis hermanos crecieron se pusieron a trabajar y le ayudaron mucho, así fue como salimos adelante.

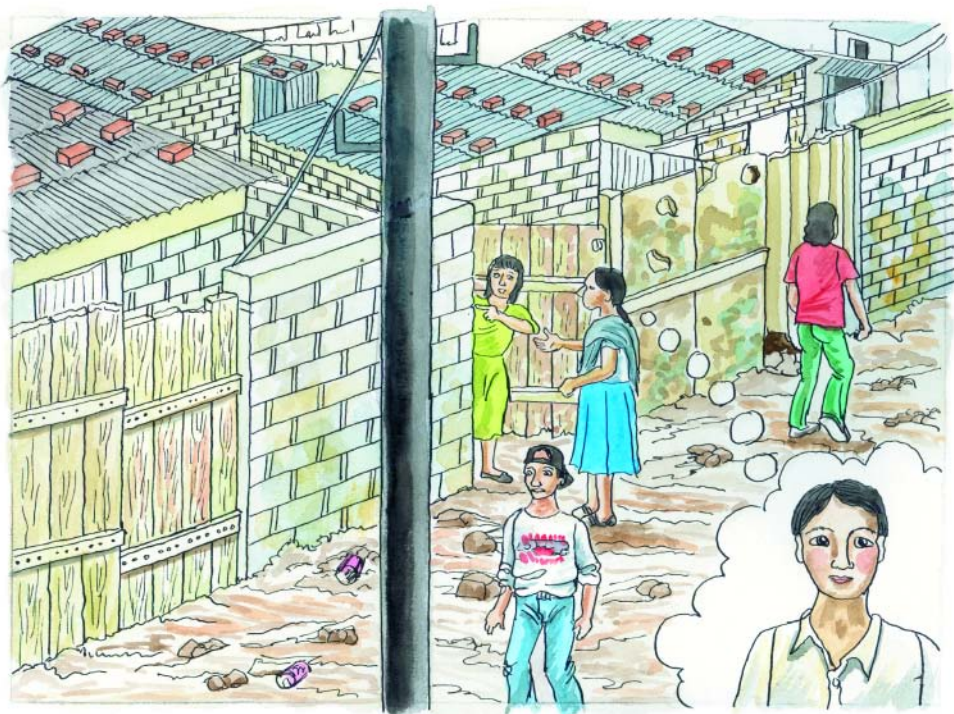
Cuando llegué a Tijuana la primera vez tenía cinco años; ahí empecé el primer año de la primaria; me devolví a Guadalajara y volví a repetir primero, entré a segundo y luego me regresé a Tijuana y volví a repetir los años; o sea los tres más chicos no acabábamos los años escolares; regresábamos a Tijuana y volvíamos a repetir, nos íbamos a Guadalajara y volvíamos a repetir.

Así que yo, cuando tenía 16 años, apenas acababa de salir de sexto año y mi hermano el mayor nos dijo:

–Saben qué carnales, ustedes ya están grandes, mi mamá está enferma, necesita que le ayudemos todavía más, y donde quiera hay trabajo, el que quiera trabajar a trabajar, y el que quiera estudiar, pues podemos ayudarle.

A trabajar jóvenes

Yo me puse a trabajar. Entré a una maquiladora en Tijuana; tenía como 16 años, mi hermana tenía 14 y el otro tenía 17; empezamos



a trabajar y le ayudábamos más a mi mamá, empezamos a ampliar la casa, a arreglarla, a comprar muebles. Antes de eso el único que hacía fuerte a mi mamá era el más grande.

Trabajamos siempre por el sueldo mínimo, porque uno nada más con primaria, pues lo que alcance a conseguir; cuando llegué aquí a Chihuahua, yo batallé mucho porque no tenía la secundaria.

Matrimonio y migración

En Tijuana conocí a mi esposo, entonces yo tenía como 21 años; tuvimos un noviazgo de tres meses y luego luego me embaracé; nos fuimos a vivir juntos y después nació el otro niño.

Luego empezaron muchos problemas porque él se hizo muy alcohólico. Así vivimos muchos años.

Después se hizo cada día más vicioso, un día le dije que ya no lo aguantaba más y nos separamos. Él se vino a Chihuahua —porque él es de Camargo pero se había ido a Tijuana—, vino a visitar a su familia. Duró un mes aquí, regresó a Tijuana y me volvió a bajar el cielo y las estrellas. Me dijo que nos viniéramos a Chihuahua, que aquí era más tranquilo, yo le respondí que sí:

—Sí, sí voy con tal de salvar a mi familia, le dije, y nos venimos.

Cuando él me propuso que me viniera no la pensé, tengo muchos años viviendo con él y ya lo conozco, es muy trabajador, nomás que cuando él toma se convierte en otra persona, muy agresivo, por su vicio tenemos muchos problemas.

Aquí llegamos con su mamá y luego luego, él se puso a trabajar. Yo acomodé a mis hijos en la escuela y empecé a trabajar en la maquiladora.

Los primeros meses seguí batallando con él. Me decía:

—Vámonos a Tijuana.

—No, yo no me voy a ir a Tijuana, le decía. Vete tú, yo ya me moví, ya conocí Chihuahua, ya sé que es muy tranquila, que no es tan problemático como en Tijuana; allá hay mucho vicio, mucha

drogadicción, mucha violencia, yo no quiero que mis hijos crezcan ahí, yo aquí me quiero quedar, si tú te quieres ir, pues vete tú.

Entonces yo me quedé y él también. Gracias a Dios él ya ha superado lo de su problema de alcohol, está más tranquilo, ahí la llevamos.

Las ganancias

El sueldo sí es un poquito más bajo que en Tijuana; allá, como es una frontera, se gana más, un poquito más.

Yo le veo muchas ventajas a la maquiladora por las prestaciones; de ahí tuve mi casa, seguro para mis hijos, seguro de vida para mí, de ahí saco el dinero para darles de comer a mis hijos. Le hallo mucho más ventajas que estar limpiando casas.

Aquí en la empresa nos ayudan mucho para los libros de los hijos en la escuela. Nos dan un bono especial por cada niño, depende de la calificación que tengan nos dan para los cuadernos y todo lo básico de la escuela.



Los préstamos también nos ayudan mucho; se hacen bastantes cosas con los préstamos y poco a poco va uno pagándolos, porque uno siempre dice “voy a ahorrar” y no es cierto, al menos yo no puedo ahorrar, tengo dinero y me doy el lujo de cualquier cosa, yo no puedo ahorrar y con esos préstamos nos va mejor. Igual nos dan bonos de despensa con los que uno se compra el mandado o muchas otras cosas.

Con lo que se saca mucho es con el tiempo extra; ahorita hay tiempos extras y todas andamos muy tranquilas de dinero.

Casa, quehaceres domésticos y rutina de traslados

Apenas tengo un año de casada. Me animé a casarme por mi crédito de Infonavit. Juntamos los dos sueldos y ya nos dieron casa.

Fíjate que para mí, mi casa, la disfruto mucho, a mí me gusta mucho tener mi casa limpia, la ropa limpia —aunque yo no soy muy aficionada a la planchada, es lo único que no me gusta—, será que siempre me enseñaron a que hay que tener la ropa limpia, todo menos la planchada. Eso sí, mis hijos se van a la escuela y yo les dejo la casa limpia, comida hecha, su ropa lavada, bien doblada, todo en su lugar.

A las dos de la tarde me estoy metiendo a bañar, a las dos y media salgo para agarrar el especial, porque la colonia donde vivimos está muy lejos y tarda mucho en entrar el camión, entonces procuro siempre venirme antes para llegar temprano a mi trabajo, sabiendo que a mis hijos ya los dejé en la casa, ya les dejé comida y todo.

De aquí salgo como a las doce treinta y cinco y llego allá como a la una y quince.

Sexualidad

A los 16 años entré a trabajar en una maquila y empecé a conocer muchachas y muchachos en la colonia donde yo vivía. Cuando tenía

como 18 años me hice muy bailadora, iba mucho a los bailes y me dio por llegar bien tomada a la casa. Mi mamá me decía:

—Hija, ya estás grande, mira te puede pasar esto o aquello, cuídate. Cuando vayas a los bailes no va faltar el que se quiera sobrepasar contigo. Mira, si te vas a entregar a un hombre hazlo por amor, no lo hagas nomás porque tu amiga lo hizo o porque tu amiga quería, hazlo porque lo sientes, y si lo vas a hacer cuídate, yo que más quisiera que en mis tiempos me hubieran dicho, hay pastillas, hay preservativos, hay inyecciones, cuídate.

Conocí mucha gente, íbamos a bailar, al cine y nos metíamos a ver películas pornográficas; en la maquiladora, los lunes estábamos todas en el área de trabajo y siempre las señoras de ahí en la misma plática, de sexo:

—¡Ay! ¿Cómo te fue con...?

—¡Ay, que me hizo...!

Que esto que lo otro, las posiciones, los modos, todo eso a mí se me grabó; entonces pensaba “el día que yo tenga mi pareja, voy a hablar con él, abiertamente le voy a decir que me enseñe y que se enseñe”. Así fue.

Entonces yo empecé a andar con mi marido, todo normal, todo se fue dando a su tiempo, cuando estaba en ese momento del ciclo que a uno realmente no le importa nada, un día íbamos caminando por la calle y él de broma me dijo que entráramos al hotel y yo le dije que sí, ni la pensé, entramos y él, luego luego a lo que iba y yo dije: No, fíjate que no, vamos a hacer el amor no el sexo, lo vamos a hacer porque nos nace hacerlo y, sabes qué, yo me quiero enseñar y quiero que tú te enseñes, porque yo no quiero que te me subas y nomás seas tú el que disfrutes, también yo cuento.

—¿Y qué quieres que haga?

—Ahí en la esquina o en cualquier otra esquina, hay puestos de revistas, tráete una revista pornográfica, viendo la revista nos empezaremos a enseñar.

Así fue como se dio la relación y hasta la fecha.

No usamos nada para cuidarnos porque en las películas se ve que no usan nada, simplemente se salen y lo tiran afuera, entonces yo le dije:

—Así lo vamos a hacer.

—¡Ah, bueno!

Entonces una vez no se salió, fue cuando me embaracé de mi hijo el más grande y la segunda vez, también.

Hasta la fecha seguimos con ese método. Yo averigüé con los doctores de las maquilas:

—Oiga, ¿es malo tener una relación y que él se salga y lo tire afuera?

—No, es normal.

—¿Pero no puede tener complicaciones después que....?

—Es normal.

—¡Ah, pues qué bueno!

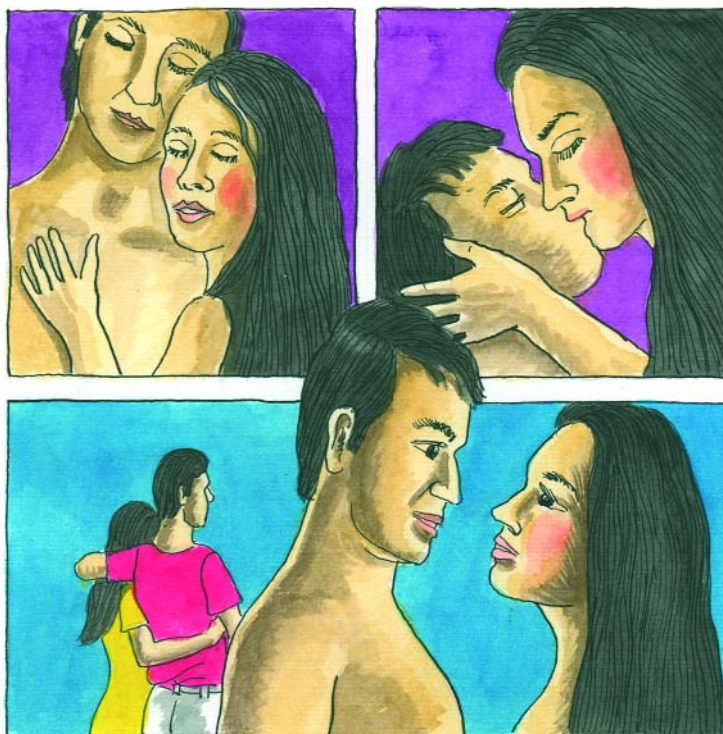
Cuando me alivié del más chico me decían:

—No se te vaya a dormir, que no te vaya a agarrar descuidada.

Que esto que lo otro:

—Mejor tómate tus pastillitas.

Me las tomé como tres meses, pero me daban muchos nervios y me puse muy histérica, no sé, me ponía muy histérica, de todo me enojaba, todo me caía mal, fue la única vez.





Fernanda pertenece a la generación de migrantes que siendo todavía niños fueron llevados por sus padres. Conocedora de las desventajas de vivir en una ciudad fronteriza, prefirió mudarse a la ciudad de Chihuahua, lo cual ha sido benéfico para ellos pues en ese lugar han obtenido una vivienda a través del crédito de Infonavit y gozan del resto de prestaciones que la empresa maquiladora les otorga.

Puede decirse entonces que Fernanda se encuentra en este momento disfrutando de una mejor calidad de vida, no solamente por el aspecto de la economía familiar, sino también porque en su nuevo lugar de residencia se ha superado en gran medida el alcoholismo de la pareja y se han fortalecido sus relaciones conyugales.

Ella cumple con su jornada laboral en un horario que le permite atender a los hijos, asear el hogar y preparar los alimentos. Cubre su “doble jornada” con un alto espíritu de compromiso.